

Centros de profesores

En el capítulo anterior he contado cómo, cuando se iniciaron las reformas educativas de la primera mitad de los ochenta, me dispuse, no sin ciertas reticencias, a colaborar con ellas, dado que prometían ir en la misma dirección que yo llevaba. Entre dichas reformas estaban las referidas a la formación permanente del profesorado, en la que lo más novedoso, y a mí me parecía que acertado, era la creación de los centros de profesores a partir de 1984. En mi trayectoria profesional fue como si, tras doblar un recodo del camino, de pronto me encontrara en un territorio donde se estuviesen levantando lo que parecían ser auténticos **molinos de viento**. Me acerqué porque estaba **seguro de ir bien pertrechado** de ideas y ganas para ponerlos en marcha y trabajar allí dentro. Me instalé en uno de ellos y me empleé a fondo durante años, hasta que **dos desahucios y un argayo** dejaron bien claro que tenía poco que hacer allí, y que era mejor regresar a la escuela de la que tenía muy buenos recuerdos. (p. 276)

Molinos de viento

Los centros de profesores se presentaban con **un par de enormes aspas** simétricamente dispuestas, se decía que ensambladas ambas para girar como si de una sola se tratase, de modo que formaran juntas un solo movimiento capaz de producir una misma fuerza: la de la formación del profesorado y el desarrollo curricular moviéndose al mismo tiempo.

En la inmortal obra de Cervantes, Sancho reconocía como molinos lo que para su señor eran gigantes. Explicaré a continuación que en los centros de profesores también se dieron cita lo real y lo ilusorio, pero en este caso quien acertaba era el amo y quien se equivocaba el escudero, pues en los centros de profesores lo real fueron los aspavientos y los molinos la quimera, razón por la cual en este libro los personajes cervantinos han de mencionarse en orden inverso: **Sancho y Quijote**, manteniéndose así que el iluso vaya el primero y el segundo el que estaba en lo cierto.

De todos los centros de profesores que se abrieron en aquella época de ilusionantes reformas, el que estaba más cerca de casa era el de Oviedo, que, para bien y para mal, aunque no lo era, parecía auténticamente **un palacio**. (p. 276)

Un par de enormes aspas



... al manejar ahora el photoshop para colocar sobre las aspas del molino de la foto los rótulos FORMACIÓN DEL PROFESORADO y DESARROLLO CURRICULAR, no he hecho sino reproducir la operación que hace ya casi treinta años llevé a cabo al plasmar en el Plan Regional de Formación del Profesorado lo que era (o tal vez quería yo que fuese) el espíritu original de los centros de profesores y de las reformas que el Ministerio de Educación había puesto en marcha. La idea de fondo era que los cambios reales en la enseñanza no se producirían si no iban a la par con la formación del profesorado.... (p. 277)

Sancho y Quijote



... Cada mañana, camino de mi trabajo en el centro de profesores, escuchaba dentro de mí a los personajes cervantinos discutiendo de lo mismo. Dándole la razón a Sancho, me decía que dichos centros eran molinos en cuyo interior se podía trabajar aprovechando el impulso de las reformas ministeriales que propugnaban sumar las fuerzas de la formación del profesorado y del desarrollo del currículum, entendidos ambos en un sentido muy amplio, de modo que lo primero no se redujera en unos cursillos ni lo segundo a un programa publicado en el Boletín Oficial del Estado. Pero, al mismo tiempo, no dejaba de prestarle atención a la idea de que podía tratarse solamente del aparatoso bracear de ese gigante que es el sistema educativo, de quien sabía bien, porque había leído a los sociólogos críticos, lo mucho que le gustan los aspavientos... (p. 277)

Un palacio



... el edificio había sido un lujoso chalet, no un palacio, a pesar de que en él naciera en 1972 la Reina Letizia, puesto que tal cosa ocurrió cuando este cumplía funciones de sanatorio y ella vela la luz como plebeya. Sin embargo, como centro de profesores bien se le puede considerar un palacio, y no solo por su apariencia externa sino también porque en su interior halló cobijo lo peor que la historia adjudica a tan nobles lugares: intrigas, servilismos cortesanos, arbitrariedades, caprichos, o sea, todo aquello que define lo palaciego frente al orden burocrático, por no mentar el democrático, que sería ya pedir demasiado... (p.278)

Seguro de ir bien pertrechado

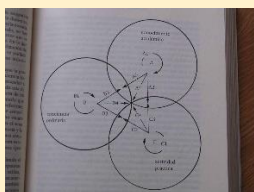
... Tenía pergeñadas lo que podían ser **las muelas** con las que triturar teorías y prácticas de tal modo que se produjera formación en un sentido pleno, profundo, y no solo mera recepción de recetarios progresistas, al modo en que esto se daba en los movimientos de renovación pedagógica, o de instrucciones pretendidamente técnicas, del tipo de las que osaban querer implantar, cada uno por su cuenta, los expertos en psicología y otras disciplinas.

[...]

era tan fuerte la convicción que tenía acerca de la potencialidad de mis planteamientos sobre la formación del profesorado, que **las ganas** de trabajar en dicho campo tenían para mí el vigor de una ilusión.

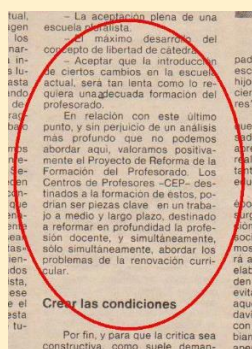
No dejé, sin embargo, de recordar que debía mantener **los pies en el suelo** y negociar con una realidad adversa y tozuda. Una dosis de pragmatismo que era necesaria pero que resultó insuficiente para evitar el choque con algunas políticas de alcance y con los politiqueros de orden menor, al negarme a dejar atrás todas mis convicciones con tal de mantenerme subido al carro. Un proceder que haría de mí un **asesor incómodo** que iría, poco a poco, asumiendo la identidad de perdedor. (pp.279-80)

Las muelas



Moler es triturar. Formarse también. Decía yo que esto podía llevarse a cabo haciendo girar las muelas del conocimiento académico, la conciencia ordinaria y la actividad práctica mediante tres movimientos coordinados: el del estudio, el de la reflexión y el de la acción. La representación gráfica de esta idea evoca tres "ruedas de molino" [...] esquemas que hacía para tratar de entender y explicar las relaciones (reflexivas, recíprocas y transitivas) que cabía establecer entre teoría y práctica en el campo de la formación del profesorado... (p. 280)

Las ganas



Puedo recuperar de entre mis publicaciones de los años ochenta numerosos testimonios del interés que tenía por los centros de profesores (el texto de la imagen es de *Escuela Asturiana*, n.º 2 -1984-). Desde el principio los consideré las iniciativas reformistas más interesantes de las promovidas por los gobiernos socialistas de los años ochenta... (p. 282)

Los pies en el suelo

mentieron los profesores, su modo afirmar que el pago que caracterizó de manera sobresaliente la situación actual, es el falta de una profesionalización específica entendiendo esta como el dominio no sólo de la materia que se enseña, sino también de los otros factores que intervienen en un proceso de enseñanza: enseñar a los profesores, lo

Cuando en 1987 me dirigí al Centro de Profesores de Oviedo, no solamente llevaba bajo el brazo unas cuantas ideas que me parecían interesantes y daban cierta seguridad a mis pasos, sino que contaba también con que la tarea que me esperaba no era del tipo "coser y cantar". Durante el tiempo que había colaborado con la Casa del Maestro de Gijón ya había visto de cerca las dificultades que tenía la formación del profesorado como yo la entendía, aunque he de reconocer que la capacidad para valorar en toda su dimensión los resistentes obstáculos con los que iba a encontrarme sería mayor tras la lectura, sobre todo en la década siguiente, de los importantes trabajos que se fueron publicando acerca de las dimensiones sociológica e histórica de las culturas profesionales y sus férreas resistencias a los cambios... (p. 282)

Asesor incómodo



... lejos de ser un asesor funcional y cómodo para la Administración, ocurrió que con frecuencia no me atuve a lo que se nos decía que hiciéramos los asesores (13). "Quien asesora soy yo", le respondí en una ocasión a un responsable de la Administración regional que trató de decirme lo que tenía que hacer y cómo. Divergencias estas que fueron de menos a más según avanzaron la implantación de la LOGSE y las políticas posteriores a dicha ley, las cuales dejaron de lado la idea inicial sobre la formación del profesorado con la que tan bien había sintonizado a mediados de los ochenta: aquello de que los profesores iban a ser los protagonistas... (p. 284)

Dos desahucios y un argayo

En febrero de 1993 fuimos desahuciados del palacio y acogidos a regañadientes en una dependencia menor del instituto Alfonso II. Lo volvimos a ser unos años más tarde, esta vez camino de un colegio público en las afueras de la ciudad. Después que yo me marchara todavía sufrió el Centro de Profesores de Oviedo por lo menos otros dos traslados. Un trajín **de casa en casa** que pone de manifiesto la extrema debilidad que tuvieron siempre estos centros.

Sin embargo, eso no fue lo peor, pues en realidad aquello no era más que un indicador de la situación general de las políticas de formación del profesorado, lo que para mí resultó demoledor fue la progresiva erosión de las expectativas. Se vinieron estas definitivamente abajo, como si de un auténtico **desprendimiento** se tratase (...) Fue entonces cuando tomé la decisión de irme. (pp. 284-285)

De casa encasa



El constante deambular de aquí para allá del Centro de Profesores de Oviedo pone de manifiesto el grado de debilidad institucional que tuvo esta iniciativa reformista... (p. 285)

Desprendimiento



La acumulación de lluvia y de tensiones subterráneas produce desprendimientos que, en mi tierra asturiana, como en otras muchas partes, se denominan argayos. En el año 2001 un corrimiento de este tipo se llevó por delante la modesta plantación de ideas sobre la formación del profesorado que había levantado con mis propias manos sobre una ladera ciertamente inestable. [...]

Estas realidades no dieron al traste con mis ideas sobre la formación, pero sí me obligaron a desistir de intentar utilizarlas como inspiradoras de políticas institucionales, provocando el regreso al aula y el giro autobiográfico que veremos en el siguiente y último capítulo de este libro. (p. 286-87)